

# UNA LUZ QUE NO SE APAGA



Daniel Radcliffe es el hijo de Kipling en *My boy Jack*. | LA PROVINCIA / DLP

En los últimos meses se han multiplicado las publicaciones de obras del escritor británico Rudyard Kipling: *Relatos* (Acanalado), *El mejor relato del mundo y otros no menos buenos* (Sexto Piso) y *La luz fallida* (El Olivo Azul). A estas ediciones habría que sumar la película *My Boy Jack*, de David Haig, que narra la historia del hijo de Kipling —interpretado por Daniel Radcliffe—, que murió en la Primera Guerra Mundial. Jack se presentó voluntario en los Irish Guards en cuanto estalló la guerra, unos pocos días antes de cumplir los diecisiete años; y de forma más bien humillante fue rechazado a causa de sus

problemas de visión. Su padre, no menos corto de vista, echó mano de sus influencias para mandarlo al frente. Fue visto por última vez en las trincheras, herido de un disparo en la boca, si bien su cuerpo nunca se encontró.

**Kipling fue** un maestro de las narraciones breves, de los relatos, como esos atletas que no tienen rival en las distancias cortas y rápidas, y en sus novelas suele haber alargues, episodios que se rellenan con cuadros de costumbres muy al gusto de su época. En *El libro de la selva* emplea la naturaleza como ámbito propicio para el aprendizaje de Mowgli; en

## Próximo prójimo

*Via revolucionaria*, publicada en 1961, es una de las novelas más conocidas de Richard Yates (1926-1992), aunque quizá esto no diga mucho, pues Yates es uno de los escritores más injustamente olvidados de la literatura americana. Ahora lo rescata la editorial Alfaguara con honores de estreno, aunque *Via revolucionaria* ya fue publicada por Emecé en 2003. En la novela Yates retrata el desmoronamiento en los años 50 de un matrimonio, Frank y April Wheeler, abrumado por sus miedos y contradicciones. Aún hoy se lee con mucho interés, y tiene ese sólido oficio que nos recuerda que no sólo se es novelista por vocación, sino que hay que hacer las cosas a conciencia, observar, saber contar, graduar los efectos, encuadrar debidamente los personajes; que más que un inspirado, el escritor es un retratista de las complejidades humanas, y que todo está en los matices. Yates empieza por pintar un idílico barrio residencial cuyos habitantes comparten un único deseo: la búsqueda de seguridad, ciega y desesperada. Pero pronto advertimos que su verdadero problema no es la seguridad, sino su manera de ser. Como escribió Richard Russo: "La excitación que uno experimenta al leer a Yates es la euforia que uno siente al encontrar, reconocer y abrazar la verdad. ¿No es una verdad agradable? Lo siento mucho. El reconocernos en la ceguera, las necesidades... tendrá que bastarnos".

Capitanes intrépidos será la vecindad con el mar el marco para el crecimiento de Harvey, cuyas maneras de niño mimado desaparecerán al contacto con gente laboriosa. En su primera novela, *La luz fallida*, esos pasajes se resuelven con efectividad, pues el argumento está hábilmente equilibrado para sugerir la dignidad, el amor y la entereza de un pintor que se queda ciego de un sablazo mal curado.

Fue la fuerza de su escritura la que permitió que *La luz fallida*, escrita a los 26 años, no pasara desapercibida. Dentro de esa economía de gestos que siempre ha acompañado a las narraciones de Kipling, las imágenes cobran una especial eficacia, y la descripción más trivial consigue sorprender: "Hay injusticia en muchos lugares del planeta, y vicio en todos ellos, pero la esencia de todas las injusticias y de todos los vicios de los cinco continentes se hallaban en Port Said. A través del corazón de aquel infierno rodeado de arena, donde los espejismos se suceden a diario en el Gran Lago Amargo, se desplazan, simplemente sin esperar lo suficiente, la mayor parte de los hombres y mujeres que hayas conocido en el transcurso de tu vida".

**El problema** de las novelas de hoy es que, cuando golpeas el lomo con los nudillos, te devuelve un sonido hueco. Algo que no sucede con Kipling, ni con ninguno de los clásicos publicados por El Olivo Azul, editorial cordobesa que en su corta trayectoria ha publicado libros esenciales como *Los siete ahorcados*, de Leonid Andreiev; *Mundos terribles*, de Marcel Schwob; *Camino a campo abierto*, de Arthur Schnitzler; *Entre mareas*, de Joseph Conrad; *El sol de los muertos*, de Ivan Shmeliov; *Tynset*, de Wolfgang Hildesheimer; *Los trabajadores del mar*, de Victor Hugo; *Abadía Pesadilla*, de Thomas Love Peacock; *Alegato de un loco*, de August Strinberg; y esta pequeña joya que remite al talento de un escritor cuya luz nunca se apaga.